

CAPÍTULO 1

Actualidad, diciembre de 2017

Tenía que llevar a cabo su plan. Desde el trágico final de su hijo se lo propuso. De hecho, logró apartar el dolor, no podía con él, concentrando su esfuerzo en la venganza. Desde entonces estuvo rumiando la forma de hacerlo, de conseguirlo, y poco a poco el plan había tomado forma. Se sentía satisfecha. Se había propuesto buscar una manera de acercarse a ellos, a los que lo condujeron a esa inevitable y única salida que Rafa había encontrado; y lo consiguió. Allí estaba, merodeando entre los honorables, así les llamaba. Todo lo emprendieron por puro protagonismo, y para destacar tenían que arrasar, inventar. No les importó que lo que decían fuese falso, únicamente se trataba de conseguir una resonancia emocional e instrumental con escándalos y linchamientos. O al menos, eso era lo que ella creía en aquel momento.

«Hice lo que tenía que hacer, ganar su confianza; y la gané, están a mi merced. Ahora falta decidir cuándo y cómo lo voy a hacer», pensó.

Hacía varios años que su hijo estaba sometido a aquella kafkiana situación, atropellado por la justicia. Él parecía acostumbrado, pero ella no. Por un momento se detuvo en sus pensamientos; y el desenlace mostró que las apariencias solo son eso, apariencias, porque el final demostró que no lo soportaba, que no soportó esa continua acusación. En estos meses, desde su muerte hasta ahora, archivaron el caso; pero

ya fue tarde. El sobreseimiento llegó tras dejar a inocentes deshonrados y a su hijo, además, como víctima mortal.

No encontraban nada, solo vínculos casuales de una ciudad pequeña, y querellas que le habían introducido en el mundo de los imputados.

Ella, Blanca, su madre, era abogada; aunque hacía mucho que no se dedicaba a la práctica de la abogacía, sino a dar clase de Derecho en la Universidad de Cantabria, donde vivía desde los 15 años, cuando volvió de México con sus padres, que eran emigrantes retornados. Allí se casó y formó su familia. Sus hijos acabaron viviendo en Galicia, con el resto de la familia de sus padres, y la de su marido, que eran gallegos. Cuando vio a su hijo tan afectado por la imputación y se abrió el secreto, leyó todo lo que constaba en el sumario, en declaraciones, en autos. Y no: no había nada, ni el mínimo indicio, que probase su culpa. Obró como tenía que obrar protegiendo al indefenso. A los menores desprotegidos de los que se abusaba. Y entonces Blanca buscó la proximidad, para observar, supervisar y satisfacer sus necesidades, sin que él lo notase. Pidió una excedencia en su trabajo, para estar cerca de Rafa, que trabajaba en Lugo. Y convenció a su marido, empresario con una cadena de ópticas, de que montase una de sus tiendas en Coruña, donde vivían, porque necesitaba protegerle de toda aquella situación. Pero no pudo conseguirlo. El trágico final de Rafa había llegado.

Rafael era psicólogo. Llevaba más de quince años trabajando con familias, en casos de adopciones; los últimos 5 años imputado, cuando se quitó la vida.

Se había acostumbrado a ser «un investigado», como siempre le decía a su familia para tranquilizarla. Pero no se acostumbró a que al llegar a trabajar fuese uno de los señalados; que cuando un paciente iba a su consulta y llegaba a saber por la prensa que él era uno de los

investigados, empezase a dudar. Y mucho menos, que nadie estuviera dando lecciones de moral a costa de arrancarle la dignidad.

Él la tranquilizaba: «no pasa nada, mamá». Pero su sonrisa y su optimismo quebraron un día. Ahora su madre miraba atrás, y pensaba si no supo darse cuenta, o si tal vez fue un proceso que latía encubierto por la íntegra disposición del que se sabe inocente.

Ella solo notaba, a veces, la mirada triste, cuando toda la ciudad decía ante sus justificaciones o sus argumentos: «*Excusa non petita acusatio manifesta*», o «Por algo será», o «Yo me creo cualquier cosa de cualquiera», o el más contundente de todos: «Cuando el río suena, agua lleva». Pero él decía: «Aquí se abren grifos para que el agua suene, pero no hay río, ni nada...».

Blanca, su madre, consideraba que todos le habían inducido al suicidio: el juzgado, la fiscalía, los querellantes, los periodistas, los ciudadanos sedientos de reivindicaciones, que veían perversión en todas partes y emprendían acciones legales por todo, con ansia punitiva... Por aquel entonces, después de la muerte de Rafa, a veces le decía a su hija Valeria: «Tienen que morir, no queda otra»; parecía que entraba en trance. Valeria se enfadaba y le contestaba: «Era lo que nos faltaba, convertirlos en mártires. No, vuelve al Derecho, haz lo que te parezca; pero la única forma de acabar con todo esto es vencéndolos desde la Justicia».

Pero cuando seis meses atrás, el día que Rafael se murió, tomó conciencia de cómo se había forjado todo ello, supo que no podía esperar nada de la Justicia para ajustar cuentas, que sería ella misma la que se iba a encargar de que los responsables pagasen, que el mayor responsable tendría que morir, al menos para el orden social. «Sí, también iba a morir. Como todos —se dijo—, pero muy pronto».

Ese sábado tuvo que trabajar. Estarían gran parte de ellos en la comida. Tenía que aprovechar la ocasión. Ya casi tenía toda la información que necesitaba para acabar con ellos.

El momento se acercaba. Estaba ya ahí.

Y ahí, esperando al acecho, tuvo la gran sorpresa: el destino se le adelantó.

CAPÍTULO 2

Cinco meses antes, jueves 16 de junio de 2017

Aunque había ascensor, ella prefería subir por las escaleras. Pensaba a menudo que era una suerte trabajar en aquella consulta. Por las mañanas estaba libre, y le permitía decidir a qué hora iría. Era su horario comodín matutino, que le permitía ajustar sus múltiples y variados trabajos limpiando casas. Le gustaba ir caminando desde su casa en Serra de Outes, una calle que estaba detrás del antiguo hospital, trasladado unos años atrás al HULA, en el que los alquileres eran baratos: se habían abaratado con la pérdida de la actividad asociada al hospital. Iba desde allí a la calle de la Reina, donde estaba esa consulta. Pero no siempre la elegía como primera opción para empezar su jornada laboral. Le gustaba porque no había nadie y era pequeña. Había una sala-cocina; dos habitaciones, una que servía de despacho, y otra de lugar de descanso y de despacho ocasional, cuando iba un colega, psiquiatra, que se desplazaba desde Coruña una vez por semana para ver a algún paciente que le indicaba Rafael. Desde hacía unos meses, Rafael la había contratado unas horas por las tardes, los días que tenía consulta, para abrir la puerta, cobrar y llevarle la agenda. Desde que Rosalba había llegado a España, era el único que se preocupaba de conseguirle trabajos adecuados para sus estudios de Relaciones Laborales que en España todavía no había logrado convalidar. Le había prometido que, si todo iba bien, le haría un contrato por más tiempo. Otras veces limpiaba la consulta al mediodía, sobre todo desde que iba por las

tardes de cuatro a siete. Casi siempre se iba cuando entraba el último paciente, porque ya le cobraba él, y Rosalba tenía que ir a buscar a su hijo, que acababa a esa hora las actividades extraescolares.

Era jueves. Ese día sería la primera tarea que haría, limpiar la consulta, porque así ya la dejaba lista para la tarde. Al llegar al segundo piso le extrañó que la puerta no estuviese cerrada con llave. Entró, y todo estaba bien recogido, como siempre. Echó un vistazo. Se extrañó por un lado; pero por otro, coincidía con el hecho de que la puerta no estuviese cerrada con llave. «Cuánto trabaja este hombre. Para qué querrá el dinero; ni hijos, ni mujer, solo una novia lejos. No sabe disfrutar de la vida, y eso que aunque tuvo una temporada muy triston, ahora se le nota más alegre». Ella le veía todas las tardes, pero hablaba poco con él, a no ser que alguna cita fallase; pero ni así, porque solía ponerse a trabajar haciendo informes y averiguaciones de lo que era su obsesión en los últimos años: resolver lo que consideraba su injusta situación. Demostrar que era inocente. Quería el «certificado» de inocente, porque lo era, y que limpiasen su nombre, que la prensa había vilipendiado sin el menor pudor, sin comprobación alguna, siguiendo la costumbre de dar eco de héroe o villano a todo lo que ayudase a vender. A Rafael le tocó el eco de villano, de indigno. «Pobrecillo, se quedó dormido, esa obsesión va a acabar con él», se dijo Rosalba. Con mucho cuidado, se acercó a la puerta entreabierta.

—Señor Rafael. Me parece que ya es tarde, y tendrá que levantarse.

Se acercó a la *chaise longue* donde estaba acostado. El corazón empezó a latirle con fuerza. Lo notaba pálido y algo rígido. Encima de la mesa vio una caja de un medicamento y dos blísteres vacíos. Entonces empezó a gritar.

—¡Señorito, señorito! —le daba fuerte en la cara—, ¡por Dios, por Dios! ¡No puede ser!

RED DE SOMBRAS

Se movía, miraba a su alrededor nerviosa, sus brazos eran puro nervio. Al fin le cogió el pulso, le abrió los ojos. Sin respuesta. Solo había dos opciones: o estaba muerto, o en coma. Cogió el teléfono y llamó al 061. Después llamó a Blanca, su madre.

CAPÍTULO 3

Año 2003

Antes y durante su viaje en el avión había tenido dudas del visado obligatorio, ese que era necesario desde 1993. Su familia se preguntaba si sería un timo. Les habían dicho que no, que le garantizaban que esos con los que había contactado eran de fiar. También les habían ayudado en la exigencia de acreditar recursos económicos para entrar en España y en el desarrollo de contingentes laborales. Tendría que empezar poco a poco, pero trabajaría de azafata o de modelo, aunque antes había que pagar la deuda. Todo se lo había facilitado ese grupo, e implicaba contraer una deuda con ellos que no tendría que empezar a pagar hasta que comenzase a trabajar.

También le daban tranquilidad, y la entrenaban para que no hiciese nada que levantase sospechas. Seguridad y calma. Que solo eran trámites de control de los flujos de entrada de inmigrantes en España. Sabía que funcionaban para reducir la circulación de llegada de personas, haciendo una selección en el país de origen de los que utilizan los viajes de turismo, participación en actividades culturales o religiosas para emigrar a España. Pese a ese mayor control en la frontera, la gran mayoría, más del 90 por ciento de los hispanos que entran en España, llegan como turistas. Suelen necesitar más de 2.000 o 3.000 dólares para convencer a las autoridades fronterizas de que se es un turista y no un inmigrante económico. Los visados de turista permiten una estancia mínima de tres meses, lo que muchos aprovechan para regularizar su estancia en España por las vías clásicas. En eso era en lo que iban a ayudarla.

Se acordaba del día que llegó. Ya habían pasado muchos años, transcurría el año 2003, pero no tenía una firme y concreta fecha de la que acordarse. Solo recordaba su juventud y lo mayor que se creía. El avión transoceánico aterrizaba con las primeras luces del día de una mañana de domingo. Llegaba con el desasosiego de la incertidumbre, el desconocimiento de lo inesperado, pero también con la ilusión amortiguada en esos momentos decisivos de la entrada, de poder empezar una vida nueva y mejor. De dejar atrás la pobreza y la súplica, el llanto constante y silenciado. Se repetía que tenía que ser valiente.

Lo que más le había llamado la atención era la rapidez con la que el temor se difuminó en aquella normalidad y buenas palabras del recibimiento. En Barajas no levantó sospechas. Ni su juventud. Pero hubo apertura de la maleta. La habían avisado. Sí, todo cabía en una maleta. La vida en una caja de 55 por 40 centímetros. Ese iba a ser su pasado al llegar, eran las instrucciones, algo de lo que fuera fácil de desprenderse. Muy seleccionado para el tránsito; después fuera, tendría que desaparecer.

El visado de entrada y el pasaporte fue facilitado antes de salir de la forma más verosímil posible. Las preguntas no fueron muchas. A pesar de su aspecto joven y bello, también le habían avisado para que procurase pasar inadvertida. Solo unas preguntas típicas, que las recordaba. No titubeó al contestar. «¿Cuánto pensaba estar? Un mes, nada más. ¿Tiene familia? Sí, vengo a visitarlos. ¿Dónde viven? A las afueras de Madrid». Al final el guardia miró el pasaporte, su foto, la miró de nuevo a ella. «¿Cuántos años tiene? Diecinueve». Mentía, pero aquellos papeles que la identificaban lo atestiguaban, y le crearon una identidad verosímil, con certeza, que le permitía la apertura a España. Bueno, al menos no fue una estafa: habían costado mucho dinero, mucho endeudamiento, pero sirvieron para entrar.

La esperaba aquel hombre simpático en el aeropuerto. Un hombre sin nombre que en un coche de buena apariencia, le dijo: «Ahora vamos a llevarte con una familia. Ellos te cuidarán mientras te encontramos un trabajo». Lo primero que le pidió fue su pasaporte, con educación y excusas: «era

para prepararle un papel español de identificación». Recordaba carreteras y carreteras muy anchas que se cruzaban. Y un cartel que acompañaba a todos aquellos cambios. «M-30», «M-40». Carteles que indicaban dirección sur, dirección este y luego dirección norte. Supo que había dado muchas vueltas; pero su buena orientación le hizo tomar conciencia de que dieron una vuelta circular por la trayectoria más larga a una casa familiar de acogida, en la que una mujer amargada y de comportamiento automático, pero de trato suave, le dio de comer y le preparó una habitación confortable.

Esa noche durmió a pierna suelta, y la siguiente, y la siguiente. No podía salir; fue todo cuanto le pidieron. Pero esa tranquilidad no duró mucho. A los pocos días, el hombre sin nombre fue a visitarla. Le dijo que se preparara, que allí no había trabajo para ella, que iban a llegar más chicas y que necesitaban su habitación. Pudo seguir con su reducido tamaño del pasado a su nueva estación. Solo le dijo: «te llevaré a Galicia».